

**EN LA EUCARISTÍA NOS DONA EL AMOR MISMO SUYO, EL ESPÍRITU SANTO, CON EL CUAL PODEMOS
AMAR A DIOS Y A NUESTROS PRÓJIMOS COMO ÉL LOS AMA**

(Domingo XXX – TO – Ciclo A –)

“El mandamiento más grande es amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo” (cfr. Mt 22, 34-40). Un doctor de la ley le pregunta a Jesús cuál es el mandamiento más importante, y Jesús le contesta: “El mandamiento más grande es amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”. Frente a esta respuesta de Jesús, uno podría preguntarse qué de nuevo aporta Jesús, porque esto los judíos ya lo sabían, ya tenían este mandamiento en la Tabla de la Ley. Además, incluso los paganos, si bien más imperfectamente, practicaban este mandamiento: si un pagano era piadoso para con sus dioses y compasivo con su prójimo, es como si estuviera cumpliendo este mandamiento.

Por eso parece como si Jesús no aportara nada nuevo a lo que ya sabían, tanto judíos como paganos. Pero Jesús sí aporta algo nuevo, y es tan nuevo, que es completamente distinto al mandato anterior, aún cuando sea similar en su formulación. ¿En qué consiste esta novedad? Antes se mandaba amar a Dios y al prójimo, ahora Jesús manda lo mismo, pero de una manera distinta: se debe amar a Dios y al prójimo como Él ama a Dios y al prójimo, y la medida de su amor la encontramos en la cruz.

Es en la cruz en donde Jesús ama a Dios al punto de ofrecerle su vida, y es en la cruz en donde Jesús ama a los hombres, sus prójimos, sus hermanos, al punto de dar la vida por quienes lo crucifican, que son sus enemigos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Esta es otra novedad que trae Jesús: ahora no basta con amar al prójimo, aquél a quien consideramos nuestro amigo; ahora Jesús manda amar a los enemigos: Jesús ora por aquellos que son sus enemigos, los que lo crucifican, de ahí que el cristiano deba amar a sus enemigos –“Amad a vuestros enemigos”–, así como Jesús amó a sus enemigos desde la cruz.

Amar al enemigo quiere decir rezar por él, desearle el bien, y estar dispuestos a hacerle el bien, si se presenta la oportunidad. Amar al enemigo quiere decir amarlo como Jesús lo ama en la cruz, con el amor de Dios, el Espíritu Santo.

Esta clase de amor a Dios y al prójimo, incluso y sobre todo aquél que es nuestro enemigo, la manifiesta Jesús en la cruz, porque es en la cruz en donde perdona a sus enemigos, que no sólo son los romanos y los judíos, sino todos nosotros. Jesús manifiesta el amor a Dios y al prójimo en la cruz, pero no solo lo manifiesta, sino que *don*a ese Amor que hace capaz de amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como Él nos amó en la cruz: en la Eucaristía nos dona el Amor mismo suyo, el Espíritu Santo, con el cual podemos amar a Dios y a nuestros prójimos –sobre todo a nuestros enemigos– como Él los ama.

Sin la Presencia del Espíritu Santo, es imposible cumplir este mandamiento como Jesús lo pide, porque exige un amor sobrenatural, de origen celestial, divino, el amor que brota de su Sagrado Corazón Eucarístico.

A Jesús Eucaristía, al recibirlo en la comunión, le pedimos que nos done el Amor de Dios, el Espíritu Santo, que nos permite amar a Dios y a nuestros prójimos, sobre todo a aquel prójimo que es nuestro enemigo.

Padre Álvaro Sánchez Rueda